

BALADA EUSKALDUNA

LA PROFECIA DE LARA

A espalda del monte Aloña, jurisdicción de la villa de Oñate, se alzaba un noble edificio, de construcción maravillosa.

En aquel fragoso terreno, lejos de toda vivienda humana, apareció cierto día á los ojos atónitos de Rodrigo de Balzategui, una hermosísima virgen posada entre zarzas, á la cual preguntó aquél, admirado:

—¿*Aranzan zu?*

El primer abrigo de la Virgen fué un rústico techo de ramaje.

A fines del siglo XVI, aquella choza se convirtió en el edificio de que nos ocupamos.

El convento, así como el río que nace en las inmediaciones, tienen por nombre la sencilla pregunta del pastor á la Virgen: «¡*Aranzan zu!*»

Cualquiera diría al ver el convento, que había sido edificado en el aire por algún poderoso genio, y que una vez concluido, lo sentó sobre los agudos picos de las peñas.

Lo atrevido de su construcción no parecía en efecto, obra de hombre.

Sostenía la inmensa mole sobre arcos lanzados, por decirlo así, de peña en peña, y á través de aquellos cimientos aéreos, divisábase el fir-

mamento por un lado, y por otro, la picota llamada *Salto del Diablo*, ostentando en su cima inaccesible el símbolo de nuestra religión.

Hallábame una noche recostado en una peña á orilla del río Aránzazu.

A mi derecha, y al otro lado de un angostísimo valle, elévase sobre una montaña lejana al pueblecito de Urréjola, semejante al nido del águila, encaramado en la cúspide de una roca.

Casi al frente, lejos también, y en el fondo de una hendidura lóbrega y monstruosa, divisábase apenas entre la bruma la aldea de Araoz, incrustada en los peñascos, como el diamante del Brasil.

En todo el espacio que abarcaba mi vista, no se distinguía otra vivienda humana.

Peña sobre peña: con raquílica vegetación en sus bases; calvas y descarnadas sus cimas.

Algún buitre de pesado vuelo venía á pasar la noche en los picos, y dijérir allí en completa inmovilidad el nauseabundo alimento que quizá engulló por la mañana en las fértiles llanuras andaluzas.

Otras aves de rapiña se escondían chillando en la profunda cima de San Elías, que según es fama en el país carece de fondo.

Arrastraba sus aguas bulliciosas, límpidas y juguetonas, el Aránzazu, que se hunde en el abismo por un ancho boquerón, para salir después mucho más lejos y pagar su tributo al río Deva: como imagen de la frívola juventud, que se hunde alegremente en el abismo de la vejez, para pagar después su tributo á la muerte.

Iluminaba este agreste paisaje la hermosa luna de Mayo que, colgada en el espacio como una lámpara, esparcía sus húmedos y plateados rayos por toda la comarca.

Las bruscas transiciones de luz y sombra, marcaba más y más los duros contornos de los peñascos y al mirar tanta hendidura, tanto pico abrupto, tanto silencio, tanta maravillosa quietud, diríase que todo aquel espacio había sido un mar, que hinchado y revuelto á esfuerzo de un huracán equinoccial, hubo de petrificarse repentinamente á una señal del Supremo Hacedor.

Ó bien alguna ciudad fabulosa poblada por gigantes, arruinada instantáneamente por un inmenso cataclismo.

Y, á la verdad, que yo, veía, á no dudarlo, enormes lienzos de murallas caídas; columnas y pórticos fantásticos; torres medio arruinadas de arquitectura desconocida, pero que aun conservaban en pie

paredones y almenas; en cuyas ruinas no se descubría ningún rastro de las reglas arquitectónicas antiguas ni modernas.

¿Qué fué de todo aquello en los primitivos tiempos?

Reflexionaba acerca de esto, y mi imaginación se trasladaba á otras épocas. y á otras edades.

Desde el fondo oscuro de aquellos barrancos, veía elevarse pausadamente masas de nieblas, blanquecinas y transparentes, que poco á poco iban adquiriendo contornos vagos, para concluir por aparecer á mi asombrada vista con formas humanas.

Ancianos venerables de blanca y poblada barba, cubiertos con las ricas dalmáticas de los primitivos vascongados, pasaban silenciosamente delante de mí, en ordenada procesión, y dirigiéndome una trístísima mirada proseguían su marcha aérea en dirección al solitario convento de Aránzazu.

Tras ellos y en el mismo orden, seguían jóvenes guerreros con la ancha y corta espada desnuda en la mano derecha; y mostrando muchos de ellos la izquierda atravesada por un clavo.

Había allí legionarios, que al mando de Aníbal, ganaron la batalla de Cannas.

Había allí soldados, que murieron crucificados por los romanos, entonando animosos el dulce canto de muerte.

Había allí valerosos guerreros, que durante cinco años lucharon solos, sin ayuda, contra las legiones de Roma, en su apogeo, conducidas por el general más afortunado de la época.

¡Mártires de Kuruceta, Iturrioz y Altobizar!

¡Héroes de Cannas, Régil y San Adrián...!

Y saludé aquellas sombras venerables.

Caminaba á su cabeza Lara, el famoso guerrero guipuzcoano, bardo más famoso aún.

Coronaba su frente, verde diadema de hojas de tejo, y llevaba en la mano un instrumento músico desconocido.

La misma trístísima mirada me fué dirigida por esta segunda procesión al pasar frente á mí, siguiendo la marcha de los ancianos, que ya habían desaparecido.

Luego asomó lengua hilera de matronas, de doncellas, que se distinguían por su suelta cabellera: de niños y niñas que silenciosas y melancólicas, bajos los ojos, cruzados sobre el pecho los brazos, seguían los pasos de los jóvenes guerreros.

Con cortos intervalos siguieron á esta procesión, otra y otras, en que se veían los héroes de Covadonga, las Navas y el Salado: los Canos y los Urbietas, los Oquendos, los Churrucas con otros muchos; y detrás, como cerrando la marcha, una nube densa, en cuyo centro se divisaba un ancho y luminoso espacio vacío.

Aquella procesión era una magnífica epopeya viviente.

Aquellos eran los hombres de las edades pasadas.

En el centro luminoso de la densa nube que cerraba tan larguísima procesión, ¿tendrán acaso cabida los de las edades venideras?

¿A dónde caminaban las sombras?

¿Qué significaba su maravilloso silencio, su mirada triste?

¿Veían quizá en lo futuro la ruina de la patria?

Levantéme luego que hubieron desaparecido y proseguí mi camino.

La misma quietud, el mismo silencio en la naturaleza; de vez en cuando llegaban á mis oídos en alas de la brisa el rumor de las aguas, el eco triste del grito de agonía de la tórtola sorprendida en su nido por un ave de rapiña.

Al llegar á un recodo de la senda, por donde caminaba, y desde el cual se descubre el convento de Aránzazu, noté con espanto que las cumbres de los peñascos cónicos, por todas partes cercaban el edificio.

Las blancas vestimentas y riquísimas dalmáticas de que estaban vestidas las unas; las brillantes corazas y fuertes mallas con que se veían cubiertas otras; las vestiduras flotantes de las mujeres y niños, prestaban á aquella numerosa asamblea, inmóvil y encaramada sobre las altas cúspides, un tinte fantástico, imposible de describir.

Quedéme inmóvil á la vista de tan extraño espectáculo.

El silencio de la naturaleza no se interrumpía; la inmovilidad de las sombras no sufría alteración alguna.

De improviso, la que ocupaba la picota, llamada «Salto del Diablo», levantó en alto la mano, y una suave armonía se esparció al mismo tiempo en el espacio.

Todas las sombras se arrodillaron.

Era aquel un espectáculo nuevo.

El escenario era un paisaje primitivo; los músicos y cantantes invisibles; el auditorio se componía de las sombras veneradas de nuestros antepasados.

La música que llegaba á mis oídos era grave, sin dejar de ser melodiosa; los torrentes de armonía que chocando en las rocas iban á

perderse en lontananza, en nada eran parecidos á los que se oyen comunmente en los templos.

Era una armonía extraña, una música singular, ejecutadas con instrumentos desconocidos hasta el día, cantada por voces que nada tenían de humano.

Oía jemidos que hacían estremecer; llantos que conmovían el alma; suspiros que desgarraban el corazón; y luego, cantos dulces, cantos melodiosos que derramaban en el ánimo un bienestar, reservado sin duda a los justos.

Y todo esto junto, unido, enlazado entre sí, sin discordancia alguna, como una inmensa pieza concertante, acompañada con instrumental sonoro, vigoroso, de una energía sin igual, vibrante unas veces, de modulación suave, eminentemente sentimental otras.

Las arpas éólicas de los pueblos del norte, acompañando los cantos de Ossian, no tienen el encanto de lo que estaba escuchando embelesado.

Al paso que la luna iba ocultándose detrás de las cumbres del «Aiazgorri», al paso que las sombras de los antiguos guipuzcoanos se iban desvaneciendo, las melodías que tenían suspenso mi ánimo. perdían asimismo su vigor.

Poco á poco, muy paulatinamente, extinguíanse aquellos sonidos; hasta que oculta del todo la luna, desvanecidas fantásticas sombras, cesó también la música, con un acorde prolongado y dulcísimo.

Cambióse de súbito el cuadro magnífico: sucedió á la luz la oscuridad, á los melodiosos sonidos el mujir de las aguas y el despacible chillido de las aves nocturnas.

En el mismo instante sentí posarse sobre mi cabeza una mano helada. Alcé la vista aterrado y ví á Lara, el profeta guerrero, el bardo vascongado, que me miraba melancólicamente.

Una auréola de luz ténue, rodeaba su varonil cabeza, coronada de hojas de tejo.

Sobre su ropa talar, de finísima y blanca lana, lucía una espléndida damática, símbolo de autoridad.

Su mano izquierda empuñaba un instrumento de cuerda, desconocido para mí.

Una sonrisa triste vagaba en los pálidos labios del bardo.

Después de mirarme largo rato en silencio, me dijo con dulcísimo acento:

—Siéntate y escucha, hijo mío.

Obedecí maquinalmente, y apenas estuve sentado, empezaron á herir las cuerdas del extraño instrumento, los dedos afilados del profeta, produciendo sonidos quejumbrosos, semejantes al vajido de un niño moribundo!

Luego, fija su mirada en el firmamento, empezaron á salir de su boca, murmurios inteligibles al principio, pero poco á poco fueron haciéndose perceptibles á mi oído atento.

—«El tiempo huye, los torrentes se precipitan, las aguas de los ríos siguen su camino, dijo el profeta; y al escuchar este alegórico y sencillo exordio, creía ver en la sombra del bardo la imagen de Aitor, el anciano entre los ancianos, el patriarca, el padre de la raza indo-atlántica, el primer nato entre los vascongados.

»Los hombres de mi raza, prosiguió, poblaron la España cubierta de una vegetación parásita; su suelo virgen fué desembarazado de aquella maleza por medio del fuego».

—«Las inmensas llamaradas se reflejaron en los hielos del Norte, y las columnas del humo oscurecieron el diáfano cielo de las orillas del Ganjes.

»Entonces éramos felices, éramos libres».

—«Innumerables pueblos extranjeros, atraídos por el oro que nosotros despreciábamos, inundaron la España.

»Abandonamos la llanura á aquellos avarientos mercaderes, y nos retiramos á la montaña con nuestras costumbres puras y santas.

»Y todavía éramos felices; todavía éramos libres.

»Los hijos de Rómulo llegan; los señores del mundo invaden la llanura.

»El jefe vascongado sube a la cima de la montaña, y su «irrinzi» guerrero hace estremecer las águilas del Tíber, que huyen á la Bética á ocultar su vergüenza.

»Y aun éramos felices: aun éramos libres, cuando todos los pueblos del mundo seguían aherrojados en pos del carro triunfal de un César romano.

»¿Qué rumor es ese que llena todos los ámbitos del horizonte? ¿Qué gritos salvajes son esos que así turban el sosiego del hogar vascongado?

»¿El viento helado del Norte, trae quizás entre sus pliegues los genios sombríos y maléficos del Septentrión?

»Las populares y magníficas ciudades son presas de las llamas; los altos torreones se desploman, las robustas murallas se derrumban.

»Naciones enteras desaparecen como aristas que lleva el viento, al paso que esa muchedumbre vestida de pieles, de rostro feroz, viene lanzando ahullidos de muerte y esterminio.

»Pero nosotros aun somos felices: aun somos libres, porque las oleadas de esa muchedumbre se estrellan en nuestra montaña.

»Esta vez suenan lelilios y atambores; la media luna brilla en verdes estandartes: atezados rostros pueblan la llanura, el grito de muez-zin» ha sustituido al bronce sonoro de las campanas.

»¡Ay de España! Tus pobladores doblan la cerviz al yugo agareno: esta vez la tempestad viene del Sur.

»Pero también esta vez las tribus africanas, cejan en su marcha invasora al divisar el lábaro vascongado, flotando en la cima de Amboto.

»También ahora somos felices, porque somos libres»

—Y desde entonces han pasado muchos siglos, muchos siglos

—Aquí cayó el bardo.

